Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habria quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por esto dice: Yo soy, no querais temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto á los infiernos, y saco (1 *Reg.*, 2); quiero decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y despues le alivio y recreo y doy vida. Meto en desconsolaciones que parécen infierno, y despues de metidos no los olvido; mas sácolos; y por eso los mortifico, para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá; mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que despues de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mia. Yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas. Yo señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si á mí quisiésedes servir; porque fuistes con grande precio comprados. Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforceis á pasar algunos por mí, y tengais esperanza de ser librados, pues teneis en mí tal librador. Yo vuestro padre por ser Dios, y vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate, ¿qué temeis deudas, si vosotros con la penitencia y confesion pedis suelta de ellas? Yo vuestra reconciliacion, ¿qué temeis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué temeis enojo de Dios? Yo vuestro defendedor, ¿qué temeis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué temeis que os falte cuanto yo tengo?

Si vosotros no os apartais de mí, vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué temeis hambre? Vuestro mi corazon, ¿qué temeis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué temeis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos, para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirvais; vuestro el cielo, para que á él vendréis; vuestros los demonios é infiernos, porque los hollaréis como á esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganais la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque á mí los referis; vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufris; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona; vuestra es la muerte, porque os será el mas cercano paso para la vida; y todo esto teneis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí solo, ni lo quiero gozar yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda.

No sois pobres los que tanta riqueza teneis, si vosotros con vuestra mala vida no la quereis perder á sabiendas; no desmayeis, que no os desampararé aunque os pruebe; vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer mas fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestacion de mi bondad y de mi misericordia; no hay cosa que os pueda dañar si me amais y de mí os fiais; no sintais de mí humanamente, segun vuestro parecer; mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazon, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongais duda en ser amados en cuanto es de mi parte. Pues veis tales obras de amor de fuera, y corazon tan herido con lanza, y mas herido de vuestro amor por de dentro, ¿cómo os negaré á los que me buscais para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme á sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he á los brazos y corazon de cristianos donde descanso? Dime á azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz á quien me la heria, ¿y volverla he á quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar?

¡Qué poca confianza es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? A quién desamparé que me llamase? De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios, importuno yo á los que no me quieren, ruego yo á todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los mios, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas encúbrolo por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan bien, como no saber ella de sí, sino remitirse á mí; en aquella ignorancia está su saber; en aquel estar colgada, su firmeza; en aquella sujecion, su reinar; y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mias, que son tambien suyas, pues por ella las di á clavos de cruz; y mas son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella mas que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mio, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí; mas si se fia, y no se aparta de mi servicio, librarle he y glorificarle he, y cumpliré lo que dije: Sed fiel hasta la muerte, y darte he corona de vida. Amen.

CARTA XXXVII.

A una doncella atribulada: enséñala cómo los trabajos suelen venir ó por culpas, ó por prueba del Señor.

La paz y gracia de nuestro Señor sea siempre con vos. Amen. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasion de lo que padeceis, que me movió á escribiros esta letra, deseando ayudaros en algo. No sé, hermana, si os alegre, ó si ántes os ayude á llorar; ni sé si os diga que es bueno lo que teneis, y que lo debeis llevar con alegría; ni si conceda con lo que á vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar tambien muchos malos; y que si en unos es señal de amor, en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas, á otros que no han menester castigo prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer; y aunque eso que vos pasais pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadais vos que debe ser azote de alguna culpa liviana (si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece), y no prueba de vuestra bondad; porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, ántes muchas faltas y maldades, cuánto mas vos, que tan léjos os conoceis de santidad y tan metida en pecados.

Pues si teneis por mas probable que esos frutos nacen de esta raiz, el remedio es que examineis bien si habeis hecho alguna cosa por donde merezcais esa correccion. Y sabed que las mas veces suele ser algun polvillo de vanagloria; y si no veais por qué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudiere el golpe, humilláos debajo de la poderosa mano de Dios, conociéndoos por digna de mayor tormento, y suplicad á nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no alcance de sí. Decid: Señor, pequé; cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados; si sois servido de castigarme, heme aquí; alza, Señor, la mano, descarga el golpe, corta, quema y mata; mas no me vea yo apartada ni desechada de vos; si pequé, no sea el castigo dejarme á que peque mas, pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa. No querria tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que teneis, os desconsoleis y entristezcais tanto que caigais en algun despeñadero de desesperacion.

Quiero que por una parte os humilleis creyendo que vuestros pecados lo merecen, y que por otra os consoleis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas, pues se acuerda vuestro Padre de castigaros como á hija, porque no os hagais mas mala. Y creedme una cosa (aunque no sea adivino), que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubiérades caido en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor; y con eso os tiene tan humilde, que no osais ni aun podeis alzar cabeza. Agradeced pues al Señor esa merced, y básteos su gracia. Pero ya sé que me diréis: Si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre, y no pena de juez; si yo acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga; no es vida de hijos de Dios esta mia, sino vida, ó (por mejor decir) muerte de dañados. ¡Oh hermana, y si supiésedes el don de Dios, y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegrariades! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiria; mas veo los mayores amigos en eso tentados, ¿por qué no me consolaré con ellos? El bienaventurado Job se vido un dia tal, que dijo (*Job*, 7): Desesperado he. Tales cosas habia pasado en su pecho, que le pareció haber caido en desesperacion; mas porque veais que no, luego torna á pedir misericordia; pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo quien sabeis, dijo que ya Dios lo habia alanzado delante sus ojos, y que se vido cubierto de tinieblas y obscuridades, cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno; y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de S. Pablo causadas por Satanas, que le hacian abajar el cuello, pues tantas veces las habeis oido. En las Vidas de los Padres he leido cosas que no las creyera si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy dia vemos y oimos cosas extrañas, que vienen á personas devotas y siervas de nuestro Señor; y á los unos y á los otros sacó y saca nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer hombre en semejantes casos lo que no ve, y esperar contra la esperanza, como Abrahan. Decidme, hermana, ¿habeis visto á los cantareros encender algun horno? Habeis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego y aquella semejanza de infierno que allí pasa? Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habian de salir hechos ceniza del fuego, ó á lo ménos negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro, duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir mas blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del Rey.

Vasos de barro nos llama S. Pablo, y con mucha razon por cierto, pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habeis estado, y por eso érades tan tierna, y no podiades retener ni conservar bien el licor que Dios os infundia. Coceros quieren, hermana, tened paciencia; metida estais en el horno de la tribulacion, sufrid agora esos fuegos, y esas humaredas y obscuridades, y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero, ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algun mal que se os haya pegado; ántes dura para padecer, para que aunque caigais, no os quebreis; blanqueada del descolorido color que primero teniades, y finalmente hábil y dispuesta para ser vaso de honra, y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgais del horno quebrada, porque no os dén por ahí de balde; solamente se quiebran los que en el horno de la tribulacion pierden la paciencia. Confío en nuestro Señor y en vos que saldréis sin lesion; sufrios agora un poco, que presto se apagará todo; no desmayeis por mas que atice el demonio; persiga cuanto quisiere, confía en Dios. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera; señal es que os habeis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Salístesos de las tinieblas de Egipto para ir á la tierra que Dios os ha prometido; sale Faraon tras vos con todo su ejército, hallaisos agora atajada, delante de vos el mar Bermejo, detras los enemigos; no hallais por qué via huir. No temais, espera, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor; el Señor peleará por vos, y vos callaréis; el Señor abrirá camino por medio de las aguas; las aguas os serán en lugar de muro á la diestra y á la siniestra, y pasaréis á pié enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas.

Pensad qué gozo será aquel cuando, habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Vírgen, figurada en María la hermana de Moysen, el adufe de su cuerpo, y comience á cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes á responder, aquel cantar de tanta alegría. Y porque mas os consoleis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo; porque mas es eso tormento padecido, que pecado cometido. Entre tanto que vos no consentis libremente, ni os deleitais en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo quereis vos pensar, ¿de qué teneis escrúpulo? Pues creedme como á hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habeis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece á los que tienen fiebre ó alguna otra fuerte pasion. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo porvenir; y aunque alguna cosilla se os

hubiese pegado, aunque alguna heridilla hubiésedes recibido, como vos no os rindais ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del Rey, cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacais de la victoria, que el daño que padeceis en la lucha; por eso ninguna cosa os turbe.

No os engañeis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos: obras son de Lucifer, palabras son que él habla, é imágenes que representa: miradlo todo como cosa ajena, y haced como cuando ois á un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algun consuelo ver que no sois vos la que le ofendeis. Péseos que el demonio hable, y haga como quien él es, y consoláos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago. S. Pablo decia (2 *ad Cor.*, 12) que se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecia mas la virtud y fortaleza de Cristo. Hermana, si á Cristo amais, gozaros debeis de la gloria que saca él de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma, y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Sí por cierto, y de muy buena gana; que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendeis; eso creo yo que deseais, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas ó en adversas, en dulces ó en amargas, en amores ó en dolores, en guerra ó en paz. Agora quiere que le sirvais en la guerra con frio y con sol, las armas á cuestas de dia y de noche, durmiendo con sobresaltos en pié sobre una pica, y lo que mas os duele, léjos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandará que le sirvais en la sala, donde gozaréis de cuanto deseais. Entre tanto gozáos que servis al Rey. El fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcais la corona de gloria que tiene prometida á los que vencieren. Amen.

CARTA XXXVIII.

A una doncella enferma, consolándola en sus trabajos.

Señora: Sabido he que Vm. está mala, y no me pesa de ello; porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo, y si no es sino que nuestro Señor lo envia, sea muy en buena hora la parte que de la cruz le da; y aunque por una parte me dé pena su pena, cuanto sabe nuestro Señor por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo deseo ver muy ganada. No quiero yo para mis hijos consuelo, sino azotes; que despues será tiempo de los consuelos. Agora, señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni su corazon de quien en ella se puso: no descanse hasta que le sepa bien el padecer; que en ello se parece el amor: no haya piedad de sí misma; que en el cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazon; y lo que le viene, muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad: no se entibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

Cuando el fuego es grande, no se apaga con el viento, ántes crece; y así, cuando uno ama á Dios de burla, con un soplillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla; mas el verdadero amor crece en los trabajos; porque mas fuerza pone á sufrir, miéntras mas viene que sufrir; y como sea de Dios, vence á los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros: conviénele aborrecerse, para amar á Cristo, y negarse, para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda á sí misma. Si le quiere ver, por lanzas se ha de meter; si le desea aposentar en su corazon, eche de él á sí misma y á toda cosa criada: sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino despues que su Hijo bendito fué atribulado, no quiere ver á sus hijos vestidos de otra librea. Esto es lo que delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imágen de su unigénito Hijo. E así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima como á Jesucristo atormentado en la cruz, y miéntras mas atribulado y afeado está, mas hermoso le parece; así, miéntras mas padeciéremos, mejor parecerémos á Dios. Y no es mucho que el ánima que á Dios desea bien parecer se ponga este afeite con que á Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy á su costa para contentar á hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien á Dios.

Con agua fuerte se apura el oro, y quitada la tierra, sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar á Dios; que si lo sintiésemos cobrariamos ánimo para derramar la sangre por él, porque mas hermosos le pareciésemos. E considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él á llorar y decir: Perdóname, Señor, perdóname; que el atavío de esta mujer que en un dia ha tenido para agradar á los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar á los tuyos. Así que, señora, la empresa del amor no es palabras, sino dolor, crudos tormentos, deshonra del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador; y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazon; mas á semejanza de mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca sino Jesus, y en su corazon: Bendito sea Dios; y propósito de pasar mas si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino á quien él mucho ama.

Gran misericordia es dar á uno papirotes, y soltarle los azotes; y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos que en acabándose luego nos metan en nuestra tierra. S. Agustin dice que hace injuria al mártir el que ruega por el mártir, porque el martirio le hace volar al cielo derecho: pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia; que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquellos, es mas largo. Y debemos desear que esta vida no sea apacible, mas un puro martirio; que esta fué la vida de nuestro Señor, y esta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al cielo sin serlo; mas, mártires de amor todos lo hemos de ser si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar, haciéndonos tomar pena porque ofendímos á

Dios, y porque otros le ofenden; este nos ha de quitar todos los consuelos de acá, y ponernos la cruz encima los hombros; este nos ha de hacer abrazar los trabajos, y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida; este hace sufrir deshonras sin las sentir, y saca á uno de sí, como el vino al borracho. Que en esto se parece el amor, que el que lo tiene no busca á sí mismo, sino á solo Dios y su voluntad; mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será despues á quien le abajó su cuello para recebir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que despues consuela.

Creámoslo, señora. pues Dios lo ha dicho, y en fe de su palabra caminemos; que gran camino nos queda; escoja cuál quiere, mas largos trabajos y no muy grandes, ó breves y grandes; que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca; que si le da Dios muchos trabajos, es porque así lo merecen sus muchos pecados; y así los pagará aquí, y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que Vm., no querria que ella fuese á purgatorio; quizá no tendrá á quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de la sacar; y si ella muere primero, harto me basta la pena que de ella tendré. Perdóneme; que no es razon que ella mire á su provecho, ni yo; sino que, aunque sepamos que despues de esta vida hemos de ir á tormentos, debemos aquí esforzarnos á los pasar por amor, y el amor con solo amar se contenta.

Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el suyo: Cristo llevó la cruz, ayudémosela á llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, vénganme á mí: él tuvo necesidades, esas quiero yo tener: él por mí fué aquí extranjero, no tenga yo cosa en que repose mi corazon; él murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua (*ad Galat.*, 2). Viva yo, ya no yo; mas viva en mí Cristo, y Cristo crucificado, apasionado, desamparado y en solo Dios recibido. Este Cristo quiero; aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero: haga él lo que mandare de mí, qué yo trabajos quiero por él; deme galardon ó no, que solo el padecer por él es muy sobrado galardon. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si él me pone á mí en la cruz, donde él aquí estuvo; que aunque no busque mi provecho, bien sé que si persevero en su cruz, que me llevará á su reino. A él sea gloria en los siglos de los siglos. Amen.

CARTA XXXIX.

A una doncella, animándola á pelear las batallas del Señor; y enseñale los ardides del demonio, para que se defienda de ellos.

Señora: Porque creo que Vm. pelea las peleas del Señor, y se ofrece á todo trabajo, porque en ella reina Jesucristo solo, le es debida con mucha razon el ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios, á los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya, y al bueno esfuerce, y vaya tañendo una trompeta delante cuando viere que entra en la guerra: quiere decir que ha de esforzar con palabra de Dios á los que viere pelear por su honra; porque, de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo á quien no avisó, así tambien del bueno, porque no lo esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer. Esfuércese pues Vm. en la pelea que con el antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse á su Dios; y esté muy sobre el aviso, que los principales tiros son al corazon; porque no se le da á él mucho que uno sirva á Dios con recoger sus ojos y con guardar silencio, ó con rezar y cantar, y con semejantes cosas; sino en el corazon pone él su ponzoña, que es propio complacimiento, ó propia estima y amor.

Las doncellas locas doncellas eran, mas por no tener olio en sus vasos oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: En verdad os digo que no os conozco. ¿Y qué es el vaso sino el corazon? Y qué el olio sino el espíritu de la verdad, que mantiene y ceba las buenas obras, si buenas han de ser delante de Dios? Y qué es el espíritu de verdad sino el que hace que el hombre se despliega, y se parezca mal, y de entrañas y de corazon se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que hemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos; y algunas veces, cuanto mas bien parece que tenemos y mas sanos, estamos peores faltándonos esto; porque confiando en esto y otras cosas, parécenos que somos algo, y no así delante los ojos de aquel que mira los corazones y dice (*Apocal.*, 3): Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo ni castiga á uno que se parece bien á sí mismo, y se contenta de sí con soberbia, ó no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede á sí mismo, como si trajese un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien tuviese delante un juez de acá habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega á ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice; y si es venial, tócale algo: Frente de ramera tienes, y no has sabido haber vergüenza. Y es una mala tacha en el ánima, que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres, aun en lo exterior.

No condena el mundo una fiucia propia, no una estima propia, no una voluntad viva á buscar su contentamiento; mas en los ojos de Dios son estas cosas y otras semejantes muy grandes males, y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicacion del Señor. Y sabiendo esto el demonio, dásele poco porque en lo mas grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiria mucho, porque, viéndose así caida en cosas que aun á los ojos del mundo son muy malas, tomaria muy á pechos la penitencia, y se desplaceria muy de corazon, y se remediaria; y quiere mas tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldria de unos y otros, y se le iria de entre las manos.

Por tanto, señora, los ojos sobre el corazon; y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusion delante el acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente, y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial; porque esta descubre los rincones, y hace aver-

gonzar al ánima de los ojos mundanos; alguna vez dirian que es cosa muy buena, y tras esta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánima á Dios y á toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera, y no sana de raiz, sino sobresana. Y debe entónces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco á poco le dé una poquita de luz para entrar á mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que él es servido; mas entre tanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras si esto nos falta, y esperemos en el Señor, que nos lo dará cuando sea servido; porque él prometió que no daria piedra á quien le pidiese pan, y que el Padre del cielo daria buen espíritu al que se lo pidiere. El sea luz de Vm. para que conozca á él para honrarle, y á sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda á él, y esté Vm. avisada que tiene en la tierra quien le pida cuenta: por eso tenga ganada mucha santidad para cuando allá vaya, y no tenga cosa por la cual me convenga á mí reñir, y ella sea avergonzada con pena de ambos. Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amen.

CARTA XL.

A una doncella afligida porque la enfermedad la impedia los ejercicios espirituales: enséñala cómo se halla la paz.

El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad, es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque á la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquiera carga que le echen, y á la no tal, la pequeña le es incomportable. Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso, como saben desearlo, gozarian de él, y no se quedarian con solo desearlo. Ley es de Dios, que los que tienen deseos fuera de él sean atormentados, ó no se cumpliendo ó se cumpliendo; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remedio que la conciencia les da; y si no vienen, están colgados con la dilacion de lo que desean. Muy al contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (*Salm.* 104): Alégrese el corazon de los que buscan á Dios; ¿qué será el hallar á Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa, ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso, entienda en quitar deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quién hará á los hijos de los hombres que entiendan lo que Dios les manda decir (*Salm.* 4.): Hasta cuando seréis de pesado corazon, y amais la vanidad, y buscais la mentira? Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz, hallan guerra? Y por la misma via que la buscan, por allí la pierden. Entiendan todos que, como no hay mas de un Dios, no hay mas de un verdadero descanso; y que, como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente mentirosos eran los montes y muchedumbre de los valles, y solamente en el señor Dios nuestro hay verdadera salud, dicen los que despues de cansados con la experiencia de sus vanos deseos, vienen á conocer quién es Dios, y quién los que á él se allegan.

No tenemos, señora, no tenemos pan ni panes en nuestra casa con que dar de comer á nuestro amigo que viene de fuera, si no lo vamos á pedir á nuestro vecino, que es Dios humanado, tan cercano á nos, que es nuestra cabeza, padre y hermano. Quien á él alzare sus ojos, y le mirare á las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseare y se fatigare de hambre de él, será recreado con su hartura, que tanto excede á la de las criaturas cuanto excede él á ellas; mas fuera de él no se atreva hadie á hambrear; porque donde quiera que la carne buscare abastanza (dice S. Agustin) hallará falta, para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador á la criatura; y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba, vaya con lleno corazon al que solo es bastante á le dar mas de lo que el ánima puede recibir.

Así que, ilustrísima señora, no se vaya vuestra Señoría tras el engaño grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad, y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser mas abundantes en deseos de cosas, cuanto mas lo son en estado de acá; y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos; porque á la medida del desear es el penar; y como S. Bernado dice: Cese la propia voluntad, y no habrá infierno; así podrémos decir: Cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo; porque no es lo que nos da la pena, lo que nos viene, sino el venirnos lo que queremos que venga. E por esto nos pide Dios nuestro corazon, para quitárnoslo de tantos males, y á trueco de darnos el suyo, que es pacífico y reposado, y alegre en los trabajos; y necio de aquel que quiere mas vivir en su angostura, que en el anchura de Dios, y morir en sí, que vivir en la vida. E si en algun tiempo ó en alguna cosa hemos cometido este mal de haber dado la rienda suelta á nuestro deseo, humillémonos delante el Padre de las misericordias, conociendo nuestras faltas, y esperemos perdon de él, tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con la cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol, y con ellos pone fuego al mismo árbol y lo quema de raiz.

Muy mejor es al pecador que le suceda pena de su pecado, que no descanso; porque, como S. Agustin dice, no hay cosa mas desdichada que la buena dicha temporal del pecador. Y aprendamos de aquí adelante á dar nuestros deseos á Dios; y como una piedra va hácia lo bajo, y un fuego á lo alto, y cada cosa á su lugar, así nuestro corazon vaya á su centro con gran lijereza, que es Dios. ¿Quién no se espantaria de ver una gran peña colgada en el aire sin que fuese á su centro? Y quién no se espanta de ver un corazon criado para descansar en Dios, detenido en el aire, y ménos que aire? Sea pues, ó porque no podemos descansar sino en Dios, ó porque merece él ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra iman de todo espíritu. No hagamos tan gran necedad, no demos tal mancha en nuestra honra, no tal traicion contra nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros entre, sino el de él ó por amor de él. E así huirán de nuestro corazon las nieblas tristes, las congojas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto, amanecernos ha luz nueva, con ella alegría; porque ver lumbre del cielo, causa es de ella, y el ciego no puede verla. E por esto decia Tobías (*Cap.* 5): ¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del cielo?

Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría; porque aunque le parece que ve, es vista de tierra, y no lumbre del cielo. Tras esto es la cura de raiz: conviene que vuestra Señoría no quiera que con disposicion desigual haya ejercicios iguales; porque muchos se afligieron ignorantemente por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitia. Está claro que con esa disposicion no ha de querer la órden que ántes tenia, ni nuestro Señor tal pide, pues su voluntad es muy igual y templada con misericordia, que no pide sino lo que él da de aparejo; y no solo no quiere coger donde no siembra, mas aun conténtase con coger mucho ménos de lo que sembró. No se desconsuele vuestra Señoría por lo que no puede alcanzar; que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni en oracion, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues él quiere que el tiempo que se gastaba en orar se gaste agora en vomitar, sea muy en hora buena; y él contento, todos contentos, los que tienen en mas el contento del que posee cielos y tierra. E si el escrúpulo diere pena con pensar que vino esto por alguna culpa, ó que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay mas que hacer sino echarnos á sus piés y pedir azote y perdon? Y el Señor dará entrambas cosas, ó el perdon sin azote; mas nunca azote sin perdon, si por nuestra culpa no queda. E por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque esta haya entre Dios y nos, vénganos lo que él mandare.

No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasion del no puedo mas. Aquí es menester vivir con siete ojos; porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasarse por el huerto y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender á la razon, que lo que pide no es demasía, sino necesidad; y enójase mucho si no se lo dan y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas; una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdese vuestra Señoría de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del amado; y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en vuestra Señoría, que no tenga fuerza para pasar un poco de trabajo por agradar á tan alto Señor, al cual tanto mas será aceta, cuanto con mayor trabajo á él se llegare; y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino solo de nuestros amores; y estos no se pueden conocer ser verdaderos sino en cosa que duela; porque el amigo fijo en el tiempo de la tribulacion, aquel es el verdadero.

Aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza de ir á ver á quien amamos, pues la prueba obra esperanza, como dice S. Pablo (*ad Rom.*, 5). Así que, esta sea la órden miéntras no hubiere salud para tomar otra: que en estando libre de vómito ó dolor, tenga su ejercicio; y habiendo esto pida á nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, ó cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce, alcanzará lumbre para lo que no conoce; que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algun alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni con mucha atencion, sino con un conocimiento de nuestro deseo, y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazon, porque va en esto la vida, pasará vuestra Señoría hasta que provea Dios de otro tiempo. La Samaritana preguntaba que dónde habia de orar, y el Señor responde (*Joann.*, 4) que en todo lugar, y en espíritu; y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo solo, sino en comer y beber, dormir, salud y enfermedad, refiriéndolo todo á Dios, y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios.

Mire mucho vuestra Señoría no ensangoste á Dios, pues es inmenso: no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar ó tal obra. En todo está, si ella está con él; y si en todo le busca, en todo lo hallará. Alégreme, dice el Sabio (*Sap.*, 7), en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría; y así lo hace en quien todo mira á Dios, haciéndolo como él lo manda, y teniendo atencion á él; y de otra cosa síguese tristeza y descontento y caimiento en el corazon, que es cosa que en gran manera se debe huir; porque, segun está escrito (*Eccles.*, 30), no hay provecho en la tal tristeza, ántes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos. Mas el alegría da fuerzas, da perseverancia, y hace entristecer á nuestros enemigos, y alegra al espíritu de Dios que en los suyos mora; porque él es alegre; y sobre esto use vuestra Señoría recibir á nuestro Señor algunas veces; y pues en el corazon hace él su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda; que aunque algun impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar; mayormente que el Señor es todopoderoso y muy amigo de dar fuerzas al corazon que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el cielo y en la tierra mas bien le parece, que es el amor, del cual esté vuestra Señoría tan abundante en la tierra, que merezca estar mas cerca del Señor en el cielo. Amen.

CARTA XLI.

A una doncella: en que le trata de las tres venidas de Cristo en carne, á juicio y al ánima, y cómo nos habemos de disponer para recibirlo.

No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas, que se hable en otra cosa, si en ellas no; y así me parece que el tiempo del advenimiento de Cristo nuestro Señor no permite como cosa muy grande que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan, venir Dios; porque, si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice S. Agustin que esta no tiene igualdad en cuantas Dios en tiempo ha hecho? Si hablamos de su venida á juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel dia, pues se han de juzgar en él todos los dias que han vivido todos los hombres, y darse á unos vida que siempre viva, é inefable descanso,

reinando con Dios; y á otros muerte, que siempre estén muriendo en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño dia aquel sino para quien no lo piensa; aunque, hablando verdad, para aquel será mas terrible dia y mas pesado negocio, que agora ménos caso hacé de él. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño, pues siendo de venir Dios al ánima, es razon que nos ponga grande admiracion. ¿Quién, á quién, y á qué viene? ¿Quién vió venir los reyes á las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto nó por cosa que á los reyes cumpla, sino puramente por próvecho de los que muy mal le han servido; que cuidado es razon que ponga esta voz: El Señor quiere venir á vuestra casa, al ánima que lo cree y quiere gozar de tal huésped.

¡Oh gran confusion de nuestra mayor desvergüenza! ¡Ponemos cuidado y muévenos todo el corazon saber que viene á nuestra casa una pequeña criatura, y oimos con orejas sordas y con corazon mas que muerto: El Altísimo quiere venir á tí! ¡Abrimos luego á quien llama á nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, y dejamos estar á nuestro Señor llamando á la puerta de nuestro corazon para entrar cargado de bienes, y hacémonos sordos y no le queremos abrir! Justicia tendrá el dia postrero en cerrar él la puerta de su misericordia y decir (*Matth.*, 25): No os conozco, á los que llamaren: Señor, Señor, ábrenos. Pues no es mucho que desprecie entónces al que agora le desprecia á él. ¡Oh quién un rato hablase á solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase qué es aquello por lo cual no abre á su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle! ¿Quién puede hacer contrapeso á estar Dios llamando á la puerta, convidándonos con que si le abrimos cenará con nos, y nos con él (*Apoc.*, 3)? Él come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdon de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos, y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra, que le parece haber resucitado de muerte á vida.

¿Qué es aquello, ánima mia, qué es aquello que tienes en tu corazon? Por qué no abres luego luego y de priesa al Señor que á tu puerta llama (*Cant.*, 5): Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche; que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por tí cuando dijo: Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas? Porque eres desagradecida á tanto amor y mal criada á tal Majestad, abre ya y echa de tu corazon cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varon, pues este es solo Dios tuyo. ¿Qué esperas á mañana, que no sabes si lo verás ni cómo en él estarás? Ya es hora de levantar, que alto va el sol, y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido mas de cuanto has vivido á él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo del levantar; que el Señor hará que te alegres despues de levantada, mucho mas que es la pena que te da el levantar.

Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por él. Ofrécele lo que en tus ojos mas luce, y el contentamiento que podrias tener; y cuanto este fuere mas y mayor, tanto mas te alegra en lo dejar: porque por el grande mucho se ha de pasar y mucho se ha de dejar; que al fin no será tanto cuanto el grande pasó por tí, y cuanto él te quiere pagar. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor, y trabajar por tenerle contento; porque él es el que con su bondad y hermosura merece todo tu amor, aunque mucha mas fuerza tuvieras. Cuanto mas, que compró justísimamente tu amor con amarte él primero; y de aquí nace que es mucha desvergüenza tuya no reamar á quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; y paga deuda tan justa, porque no seas llamada mala y desvergonzada. E mira mas, que amándote á él, te ganas á tí y ganas á él; porque no hay medio para ser tú salva, si no es por amarle, ni para alcanzarle á él, si con amor no le hieres. Nó aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por él dar en cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con solo tu corazon que le des lo has comprado sin falta ninguna, no porque des el precio que él merece, mas porque él se quiere cautivar y prender de quien ve preso de amor por él.

¡Oh codiciosos, qué haceis entendiendo en tratos inciertos, trabajosos y quizá perdidosos! Andad acá á las ferias de Dios; amadle, y es vuestro Dios. ¿Qué hacen los de corazon magnánimo que esta joya tan grande no buscan, pues con solo corazon contrito y despreciador de las poquedades, y apreciador de esta grandeza, alcanzan á Dios? Venid todas las gentes pequeñas y grandes al convite del Señor, el cual se da por posesion tan propia de quien lo quiere, que es mas nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estarémos pues sordos á esta voz? Quedarnos hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada dia el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios; seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos; y aparejémosle posada en nosotros, abriéndole el seno de nuestro deseo. Él se llama el Deseado de todas las gentes (*Ageo*, 2), y no quiere venir sino donde es deseado; y no solo deseado, mas llamado y rogado: con que miremos que no le convidemos, y despues no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazon, y de ese comerá; abundemos en buenas obras, y estas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque mas podamos tratar nuestros negocios con él; y á tiempos salgamos á nuestros prójimos por la caridad, para que así cumplamos con él y con ellos, y de tal manera nos hayamos, como si presto hubiésemos de pasar de este destierro á la tierra de los bienaventurados: allá lleve Cristo á vuestra ilustre Señoría. Amen.

CARTA XLII.

A una doncella, animándola mucho al amor de Dios y al ejercicio de la oracion.

No he recibido tantas cartas como, señora, decis que habeis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido á mis manos, é yo no respondiese, tengo tanta fiucia en nuestro Señor, que el que me pone á mí verdadero amor de vuestra ánima, él os dará á entender en lo secreto de vuestro corazon, que no queda el no escribir por falta de memoria ni amor; y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar. Hermana mia en la sangre de Jesucristo, no os descuideis, porque no lloreis: mirad él

amor con que habeis sido tratada de este niño que nace, y no endurezcais vuestro corazon á tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durísimas. ¿Qué haceis, si no le amais con todas vuestras entrañas? Cúya sois, si suya no sois? Adónde mirais, sino á él? De qué hablais? En qué pensais? Qué os traba el corazon, sino este Señor, que así le trabastes vos de su corazon, que os trajo en él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdicion; y al cabo fué por vuestro bien puesto en cruz, y abriéronle su corazon, para que veais vos el lugar amoroso donde vos andábades?

Hermana, amad á quien os amó cuando niño, habiendo frio por vos y llorando en el pesebre por vos. Amad á quien os amó; de ocho dias nacido, derramó sangre por vos, y no sabe hablar y sabe amar; y como crecen los dias, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien siendo niño tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad pues á quien primero os amó, y agora os ama desde los cielos; no os contenteis en servirle como quiera, que él no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo él se empleó por vos; no conozcais á nadie, por conocer mucho á él; no tengais en el corazon á criatura alguna aposentada, por darle corazon y posada desembarazada á él. Sabed que cuanto mas miráredes criaturas, os será quitada la vista del Criador; y dándoos toda á Dios, aun faltaréis en muchas cosas. ¿Qué hará si os repartis? Ya dejastes el mundo, y os distes á Dios; no torneis á tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (1 *ad Cor.*, 7) que la doncella que á Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de tener mas de un cuidado, que es agradar á nuestro Señor; y así vos no entendais en otra cosa, porque hagais está bien hecha; que pues Dios con vos se contenta, débeos bastar á vos, pues basta á los ángeles y á cuantas cosas él crió. No sé cómo os va de oracion; y no querria que os fuese mal; porque si en ella aflojais, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caida en lo que ántes muy ligeramente venciades.

Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos ¿qué teneis sino caidas? Y Dios comunica su favor á quien en la oracion es vigilante; que á quien duerme, agriamente le reprende, diciendo como á S. Pedro: No pudiste velar una hora conmigo. Hermana, desocupáos de las hablas de las criaturas, para que goceis de la comunicacion del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabeis que no puede ser; vivid siempre en vuestro corazon sola y desterrada, para que podais pedir á nuestro Señor que os visite como á huérfana y extranjera; y para esta soledad de corazon mucho os aprovechará la comunicacion poca de fuera; que bien sabeis vos que otro rato tan alegre no hay como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que despues cuando vamos á hablar con el Señor, ó se nos absconde, ó nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramarémos el corazon; y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado, que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor; y esta sabida, cumplirla. E si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho, y guardarse con doblado cuidado de tornar á dar enojo á él, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazon; y así vos, hermana, pues amais, amad mucho; pues servis, servid bien; pues á Dios habeis escogido, dejad todo lo que no es él. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busqueis acá cosa en las cosillas de barro, que presto se han de acabar.

Ensalzada habeis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles; hacéos agora tan baja, que beseis el suelo y tierra que huellan los mas bajos de vuestra casa. No tengais miedo de despreciaros, que á vuestro amor despreciaron; y permitiólo él, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mucho honrada; no querais luego cumplir con regalos de carne; que la de vuestro Esposo atormentada fué con azotes y rompida con clavos. No debemos nada á la carne; que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teniamos con ella cuando Cristo no vivia en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Cristo, deshizo el carnal de la carne. No teneis que ver con el mundo: por eso romped con él; que vuestro amor dice (*Joann.*, 16): Confiad, que yo vencí al mundo. No mireis honra ni deshonra; mas abajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y metéos en las llagas de Cristo; que allí dice él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca. Finalmente, despues que suya quisisteis ser, no teneis ya que cumplir con vos ni con nadie. El os recibió, y no os dejará si vos no le quereis dejar á él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto, sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de vida (*Apoc.*, 2), que nunca se acabe, en compañía de tanta bienaventuranza, cual ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé él por quien él es, como yo lo suplico, porque él me lo manda; y esta hayan por suya las que estuvieren presentes á vuestra carta. Cristo con todos. Amen.

CARTA XLIII.

A una doncella, porque no sentia paz en su ánima: esfuérzala á la confianza en el Señor.

Escrito está que el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima; y aunque yo haya mas menester el ayuda de vuestra oracion que vos la mia, el cuidado que nuestro Señor me pone en mi ánima, de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia, y esforzar por esforzar á vuestra ánima en el camino del Señor, en que él os ha puesto por su sola bondad. Hermana mia, criada y redimida por Dios, no penseis que os llamó nuestro Señor para daros luego el descanso que quizá deseais; primero habeis de trillar, ó por mejor decir, ser trillada, que os dén á comer el pan del consuelo. No penseis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (*Cap.* 48): Ojalá hubieras mirado á mis mandamientos, paz te hubiera venido así como rio; que luego se ha de hallar tras la puerta; ni penseis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (2 *ad Cor.*, 6): Andamos como tristes, mas siempre gozosos; y en otra parte amonesta diciendo: Gozáos en el Señor siempre. Otra vez digo: Gozáos; que á la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venian al tiempo que ellos pensaban,